

Europa, ¡ensánchate o mueres!

Respuesta a Gastón Riou

= De Atenea, Concepción, Chile =

El artículo de Gastón Riou con el cual se abre el primer número de la *Nouvelle Revue Mondiale*, plantea una de las más graves cuestiones de la hora presente para los espíritus libres de Europa. Aunque afectado todavía por una fatigosa dolencia, me veo obligado a responderle sin tardanza. Excúseme si mi pluma tal vez obedece imperfectamente a mi pensamiento.

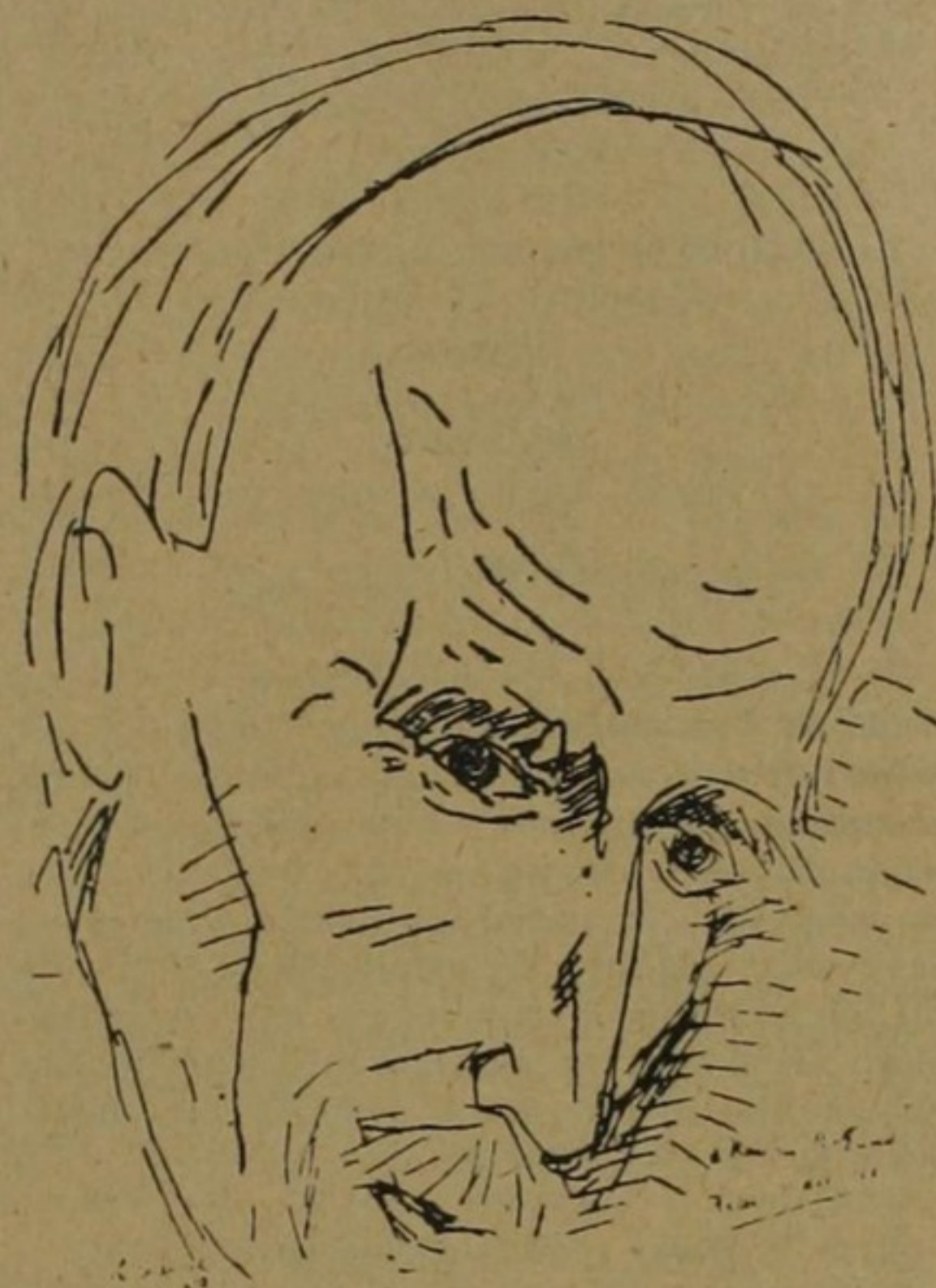
Agradezco a Gastón Riou la amistosa cortesía con que se expresa respecto a mí. Pero se equivoca sobre mi verdadero carácter y sobre la acción que persigo. No es una razón si, en el curso de mi carrera literaria, he tratado de despertar las potencias del ensueño, las fuentes salvajes y profundas de la energía mística, musical o subconsciente que duerme en el corazón del Occidente, para que haya el derecho de hacer de mí un sentimental que cierra los ojos a lo real y sueña en la Tierra Prometida. Soy un historiador, no sólo de oficio, sino de naturaleza, con la mirada sin ilusiones, habituado al espectáculo de las villanías y las perdiciones crónicas de la especie humana; un libre francés de las Galias que no se engaña con las mentiras de la política con que los estados de todos los tiempos y de todos los países visten su sagrado egoísmo.

Si alguno de mis libros me han creado, por un éxito acaso desproporcionado, responsabilidades morales frente a un público que espera de mí el sustento, y si la preocupación de estas responsabilidades me ha obligado a menudo a medirle la parte de verdad que podía ingurgitar, no la mediré aquí a los compañeros intelectuales que forman, o deberían formar, el estado mayor del pensamiento democrático de Occidente, a la espera de los grandes combates.

Cuando rehusé asociarme a la *Pan-Europa* del Conde Coudenhove - Kalérgi y de M. Briand, a la cual Gastón Riou ha venido a aportar el cálido aflujo de su sangre generosa, no lo hago en nombre de una utopía, de una «Ciudad de Dios», que se hará en veinte siglos o que no se hará nunca. Se trata del terreno mismo en que ponemos los pies, del recinto amenazado en que nos hemos reunido, durante la vigilia de las armas. Se trata de los asaltos que sufriremos mañana.

Los intelectuales idealistas de la Liga *Francia-Europa* no se dan cuenta de ello suficientemente. Permítanme recordárselo. Si mis palabras les parecen a veces duras y amargas, les ruego perdonármelas. Porque yo he sido como ellos, cegado y engañado, hasta los últimos meses de 1914; porque yo, después, he descubierto el abominable engaño, es por lo que creo tener derecho de arrancarlo de sus ojos.

Desde que ha sucedido en los grandes estados de Occidente y de América, porta-estandartes de la civilización blanca, la ideología democrática a la de los absolutismos monárquicos, la fuerza brutal y astuta de la política que gobierna al mundo ha sentido la necesidad de disfrazarse bajo la decoración de la pretendida voluntad de los pueblos, no con-



Romain Rolland

sultados, y bajo la ideología de sus élites intelectuales, engañada. A decir verdad, aún en el tiempo del «poder absoluto», los amos han recurrido siempre a la mentira de los altos móviles: religión, patria etc., para cubrir sus pasiones personales. Pero el contraste se marca más llamativo hoy entre el cinismo desvergozado de las potencias del dinero que, en el hecho mueven a los estados y la ficción democrática, con sus sublimes fantasmas: Derecho, Justicia, Libertad, de las cuales ellos usan como estandarte y biombo.

Entre nosotros, compañeros: ¡no se engaña sino el que quiere! Nosotros lo sabemos muy bien: los pueblos de nuestras democracias no gobiernan nada y no conocen nada del gobierno. Pues su su única fuente de informaciones es la prensa, hoy en día casi enteramente vendida a las potencias del dinero; y su energía de reacción crítica está reducida a cero. Nadie les ha enseñado a controlar y razonar las razones y los hechos, o mejor las pasiones ciegas y contradictorias que se les inoculan, a medida de las necesidades de los amos de la política. Es una educación difícil que, muy lejos de alentar, el estado prohíbe a sus profesores dar al pueblo, puesto que tal saber tendría como primer objeto abrir los ojos al pueblo sobre los abusos del Estado. Y en cuanto a los libres intelectuales, que podrían y deberían ser hermanos mayores, son —¡ay!—incapaces de dar esta enseñanza a sus hermanos menores, puesto que su propia educación social está apenas más avanzada que la del pueblo y ellos son los primeros juguetes de las astucias del Estado.

Cuando la guerra se libraba entre las dos mitades de la Europa, los dos campos tenían necesidad, para abrigar sus innobles connivencias secretas de partición del mundo (territorios y negocios),

sus explotaciones y sus crímenes, de nobles voces que cantaran el himno a la patria y el puro sacrificio, la alegría heroica de la inmolación. No tuvieron que trabajar mucho para tenerlas. Yo sé con qué sinceridad y qué abnegación los mejores de entre los intelectuales de nuestro desgraciado Occidente han cumplido su misión, al precio de qué sacrificios, sea de ellos mismos, sea de los suyos, y entre los universitarios, mis compañeros de ayer, qué abismos de duelo, ofrecidos al Dios Moloch, que se les hacía invocar! Pero también sé, sé cuánto han sido engañados y cuántos engañados hicieron ellos. Y de haberlo dicho no me han perdonado.

¿Qué otra cosa habrían podido hacer?... En esos tiempos, cuando me desprendía yo mismo, lentamente, con trabajo y dolor, de todas las ilusiones que habían ligado mi juventud (mentiras de historia oficial, mentiras de las conveniencias nacionales y sociales, de tradición y de Estado), comenzaba yo apenas a oír, con temblor, la respuesta libertadora que habrían debido dar los pueblos. Yo no me atreví a decirla. Ahora la diré. Es la de Lenin en 1917: la revuelta de los ejércitos de Europa contra los amos de la guerra, y su fraternización sobre los campos de batalla.

¡Pero no volvamos al pasado! Es una larga confesión, que debo escribir si me queda tiempo, pues ella podría servir a dar luz a las almas de los millares que llevan estos pensamientos, sin atreverse a ponerlos en claro. No hablemos más de ayer. El presente no basta. Hablemos del grande y temible hoy.

Los intelectuales generosos de la Francia de hoy, de los cuales Gastón Riou se hace el corifeo, entonan la nueva antifona: «¡Europa, mi patria!» y no se dan cuenta de que sirven los intereses nuevos de los amos astutos del día (1).

¿Qué quiere una política «realista» francesa? Conservar los beneficios de la victoria, sin los riesgos de verlos amenazados por una nueva guerra. Luego, establecer la paz y los estatutos de una Francia-Europa sobre la base de los tratados de 1919. Pero se guarda no mucho de examinar si estos tratados son justos o injustos, si reposan sobre un abominable abuso de la violencia triunfante, sobre un andamiaje de abusos intolerables y de iniquidades que se perpetúan. En el hecho, el *statuo quo* establecido por los tratados de 1919 es insostenible para los dos tercios de Europa. Sufrimientos de los países vencidos, gritos de miseria para los cuales los informadores franceses se tapan las orejas; Alemania exasperada cuya enorme energía que renace, hambrienta, no podrá soportar esta compresión más de uno o dos años, sin convulsiones socia-

(1) Hay hoy día dos corrientes que parecen opuestas en la política francesa: la de maneras fuertes, que pretende mantener por la violencia, y la de la mano de terciopelo, que trata de contratar con Europa una seguridad de paz, permitiendo a los vencedores una magnanimidad sin riesgos y sin gastos.

Entre las dos corrientes hay una diferencia de inteligencia política, pero no de espíritu nacional.

Una y otra profesan el Credo de la victoria y la intangibilidad de sus estatutos.